

Décimo domingo después de la Trinidad

1 Corintios 12:1-11

“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales. Sabéis que cuando erais gentiles se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos. Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: «¡Sea anatema!», como tampoco nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo. Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de actividades, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos. A uno es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas, y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere.”

1. Esta Epístola habla de asuntos espirituales que tratan principalmente del oficio de la predicación y de los que presiden sobre la iglesia. San Pablo amonesta a cada uno de estos a usar los dones que tiene en su oficio en beneficio de los demás, y así a servir la unidad y la edificación de la iglesia. Es un escándalo muy serio en la cristiandad, que tiene una apariencia muy mala, cuando no se queda sin divisiones y sectas. Los más sabios y los mejores en el mundo tropiezan sobre esto y claman: “Sí, si la enseñanza fuera correcta, ciertamente quedaría unida; pero ¡cómo se envidian, muerden y devoran unos a otros!” Aunque el mundo lleva su propia gran viga en el ojo, sin embargo no puede evitar condenar nuestra astilla, como si ellos fueran puros y hermosos.

2. Ahora, no lo podemos evitar. “Es preciso que haya entre vosotros divisiones”, dice San Pablo (1 Corintios 11:19), “para que se pongan de manifiesto entre vosotros los que son aprobados”. En dondequiera que está la palabra de Dios, allí el diablo siempre por sus facciones debe estar construyendo sus cantinas y prostíbulos al lado del templo o la iglesia de Dios. Lo hizo en el comienzo en el Paraíso y en la familia de Adán, en donde en el cuarto capítulo él estableció una iglesia. Después siempre ha hecho lo mismo y también lo hará en el futuro. Ahora, el que se ofende por esto y, cuando lo ve, inmediatamente juzga: “Esta no es la iglesia”, finalmente no tendrá ni la iglesia ni a Cristo. Nunca hallarás una iglesia que enseña todo o cree y vive en perfecta armonía sin ninguna disensión.

3. Esta también fue la experiencia de San Pablo en la iglesia muy famosa en Corinto en la tierra de Acaya, que él mismo había plantado y en donde enseñó por dos años. Sin embargo, pronto después que salió, comenzaron a estar en desacuerdo acerca de sus predicadores y a adherirse a las personas, este a Pablo, otro a Pedro o Apolos, etc. Habían sido enseñados correctamente y en armonía, sin embargo, porque uno tal vez

tenía más dones o diferentes dones, podía hablar mejor, o tenía una mayor reputación personal, había algunos que querían adherirse solo a él. Entre los que eran predicadores en la iglesia, si uno tal vez tenía un don u oficio especial, quería ser más y mejor que los demás. Eso tenía que ser seguido con desacuerdo y disensión, odio, pleitos y celos, que traían gran daño y ruina a la iglesia.

4. Por eso se tiene que impedir esta desgracia, hasta donde se pueda hacerlo, aunque no podamos completamente evitarla ni desarraigarla. Si no quisiéramos impedirla, el diablo prevalecería y no produciría más que la disensión. Si, por otro lado, nos oponemos a él, Dios da la gracia y la bendición, de modo que seguirán algún fruto y bendición. Aunque no se pudiera lograr nada, los predicadores fieles no deben guardar silencio, si no quieren ser asalariados ociosos que huyen del lobo (Juan 10:12).

5. Esto es lo que San Pablo ahora hace en este texto: comienza a predicar de los dones espirituales y les amonesta de cómo deben tratar con ellos. Entre más grandes y hermosos sean tales dones, más la carne y sangre se inclinan a las facciones y su propia gloria. Si alguien entiende bien la Escritura, y la puede explicar o hacer milagros, etc., pronto adquiere una alta opinión sobre sí mismo y piensa que todos deben honrarlo; quiere que la multitud se adhiera solo a él, y que nadie más debe contar por algo al lado suyo. Así quiere dividir o hacer la enseñanza otra, como si trajera algo mejor de lo que enseñaban los demás, de modo que en comparación con él no deben ser nada o deben ser muy poca cosa.

6. Cosas similares han sucedido en estos tiempos y todavía suceden con nuestro evangelio, ahora que otra vez se ha traído a la luz por la gracia de Dios, de modo que el pueblo de Dios recibe correcta instrucción y es llevado a la armonía. El diablo no puede estar ocioso sino tiene que despertar a su gentío divisionista y los pensadores tercios, que quieren ser famosos como gente excelente que tienen mucho espíritu y también pueden predicar, escribir y explicar la Escritura mejor que otros (puesto que han aprendido un poco de nosotros). Afirmaron que ciertamente fue algo importante que nuestro evangelio había comenzado y que purificó la doctrina un poco; sin embargo, no fue suficiente, puesto que la gente tenía que cavar más profundo y subir más alto, etc. Pero nunca podían establecer un fundamento diferente con su enseñanza (como dice San Pablo, 1 Corintios 3:11) ni predicar otro Cristo que el que enseña el evangelio. Más bien, porque afirman que están enseñando algo más alto y mejor, impiden y ponen cabizbajo la verdadera enseñanza. Esto no se puede llamar “edificar”, sino solo abolir y destruir el fundamento, y así conducir al pueblo otra vez al error y la ceguera. Por eso San Pablo comienza su amonestación de esta forma:

“Sabéis que cuando erais gentiles se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos.” (1 Corintios 12:2)

7. Con estas palabras les recuerda lo que eran antes de hacerse cristianos, para que puedan pensar otra vez y recordar que han recibido tales dones y que lo que ahora tienen no lo tienen por ellos mismos ni por su dignidad y mérito. De esta forma no se harán orgullosos ni pelearán ni se separarán por ello, ni alegrarán que estén enseñando y

estableciendo algo diferente o mejor en la iglesia. También reprende a los que quieren ofenderse porque los cristianos estén en desacuerdo entre sí.

8. “Queridos amigos, piensen en el pasado, todos”, quiere decir. “¿Qué fueron antes de llegar a Cristo? Nada sino paganos ciegos que no conocían a Dios, sino se dejaban guiar por la nariz, cuando alguien les decía algo acerca de Dios. Todo su camino de vida no fue otra cosa sino un culto dividido, de modo que en dondequiera que se tornaba, tenía que tener su propio ídolo, aun el niño en la cuna que chupaba la leche de su madre”. San Agustín relata que solo la ciudad de Roma tenía más de cuatrocientos dioses, y además construyó una iglesia que todavía está en pie que antes se llamaba el Panteón por todos los dioses del mundo.

“Se aglomeraron por estas cosas como fueron conducidos, y oraron, sacrificaron y apegaron sus corazones a ídolos mudos, que no podían enseñar, ni aconsejar, dar consuelo, ni les podían ayudar en nada. No recibían nada de esto excepto que fueron un pueblo ciego, miserable, dividido, que no podía guardarse contra ningún error, sino fue despedazado por todos, como un pobre rebaño de ovejas, esparcidas por los lobos.

9. “Ahora, sin embargo, han sido sacados de esta variada idolatría para entrar en el único verdadero culto y han sido iluminados por la palabra de Dios. Además, en Cristo se les ha dado dones tan grandes, el entendimiento de la Escritura, toda clase de lenguas y milagros, de los cuales el mundo no tiene ni puede tener ninguno, de modo que se tiene que ver y comprender que tienen al Dios verdadero, que no les deja ser llevados al error sin la palabra de acuerdo a sus propios pensamientos, como los ídolos mudos, sino como un Dios viviente les habla para que sepan qué esperar de él y obra entre ustedes pública y visiblemente.

“Por tanto, no deben volver a crear divisiones entre ustedes como lo hacen los paganos, como ven en la gran confusión de división en la gran Babilonia, en donde nadie está de acuerdo con otro, y cada uno quiere ser el mejor. Más bien, porque saben que todos tienen al único Dios verdadero y su palabra, deben también quedarse juntos en una fe y mente, y no crear divisiones entre ustedes, como si tuvieran muchos dioses, credos, bautismos, espíritus y salvación diferentes”.

10. Cuando dice: “siguen a ídolos mudos, como fueron conducidos”, especialmente está insultando tanto a los sofistas y a los jueces hipercríticos de astillas de los cristianos, y también de otros pensadores sectarios, que inmediatamente condenan y critican tanto la enseñanza y la vida de la iglesia porque todavía ven algunos defectos o hasta disensión y diversidad en ella. A pesar de eso, también ven abiertamente que tienen la palabra pura de Dios, el conocimiento de Cristo, una gran luz y entendimiento de la voluntad y gracia de Dios, verdadero consuelo de la conciencia en todas las angustias, además de la obra obvia del Espíritu Santo. Estos sofistas prematuramente crecidos no sabrían decir nada de esto, si no hubieran visto y oído esto en el rebaño de los cristianos que tienen la palabra de Dios y los dones del Espíritu Santo.

11. Estos (y especialmente ellos) fueron la gente que se dejaban llevar por la nariz a dondequiera que la gente les dirigía y valoraba cualquier cosa que la gente les enseñó y predicó acerca de cómo se debe servir a Dios. Por eso no fueron nada sino adoradores de ídolos mudos, que no tenían la palabra de Dios ni el testimonio de su fe y obras, sino cada uno creía y vivía como inventaba de su propia cabeza o como la gente consideraba bien. Ninguno de ellos podía aprender nada seguro ni firme, con que el corazón podría estar contento y en que podía depender y tomar su posición. Más bien, siempre caían de una cosa a la siguiente si alguien proponía algo nuevo como culto y buena enseñanza, etc.

12. Así el mundo desde el comienzo siempre no ha tenido más que ídolos mudos en tanto culto sin número inventado y establecido por los hombres, en que adoraban a muchos dioses, hacían imágenes de ellos, y les atribuían gloria divina, aunque nunca vivían, hasta que adoraron hasta los sencillos nombres de toda clase de desgracia, calamidad y enfermedad, y finalmente hasta a los roedores, de hecho, hasta el ajo y las cebollas. Sin embargo, cuando habían cometido toda esta idolatría (que ellos consideraban gran santidad), y cada uno había sacrificado a su ídolo, ninguno de ellos jamás podía saber ni decir si sería escuchado y recibiría ayuda. No había ninguna palabra ni testimonio de la voluntad ni obra divina allí, sino solo un sueño sin valor y el engaño de la opinión humana, que había inventado y hecho estos ídolos.

13. ¿Qué hemos logrado hasta ahora bajo el papado (para que reconozcamos nuestra propia culpa)? ¿Cómo nos hemos dejado ser llevados a donde nos dirigían con los nombres de Dios y los santos! Yo mismo fui un monje y sacerdote devoto, celebrando misa todos los días, y adorando a Santa Bárbara, Santa Ana, San Cristóbal, y otros, más de los que están enumerados en el calendario, nadie realmente sabía cuántos había. No sabía nada de cómo debería hallar consuelo en Cristo y qué esperar de él, más bien tenía tanto miedo de él como del diablo mismo, como uno que no sería mi Salvador sino un Juez severo. ¡Cuán grande fue el correr y viajar vergonzoso a los ídolos de madera y piedra verdaderamente muertos, a las imágenes de María y los santos! ¡Asimismo, a los sepulcros y huesos muertos, que ellos llamaban “reliquias”! Estos no fueron nada sino engaños públicos, inventados por malhechores desvergonzados, sin embargo, el Papa y los obispos los confirmaban y agregaban indulgencias a ellos.

14. Asimismo, ¿cuántos nuevos santos, nuevas cofradías, el rosario de María, los salmos de María, coronas, etc., inventaron diariamente los monjes? En resumen, todo lo que cualquier monje soñaba tenía que ser un culto especial, y a nadie le importaba si había algo acerca de ello en la palabra de Dios. Después que habíamos hecho todo, no sabíamos si Dios se agradaba de ello o no. ¿Qué fue esto sino no adorar a nada sino ídolos mudos en lugar de al Dios viviente? Estos ídolos no podían hablar con nosotros, no podían darnos ningún entendimiento ni consuelo seguro, y dejaban a la gente atascados y pereciendo en la duda eterna.

15. No tenemos tal dios muerto, mudo, ¡alabado sea Dios!, ni queremos uno (dice San Pablo). Más bien, tenemos a un Dios que habla y vive y nos da su palabra segura.

Sabemos cuál es su actitud hacia nosotros y lo que debemos esperar de él, a saber, que por la fe en Cristo tenemos el perdón de los pecados y somos sus queridos hijos. Como una señal de esto, tenemos su bautismo y sacramento, y el oficio y los dones del Espíritu Santo, por los cuales obra en nuestro corazón. Asimismo, sabemos que nuestras obras y vida le agradan en esa misma fe en Cristo, y que quiere darnos ayuda cuando lamentamos y lo invocamos en nuestra angustia y debilidad.

16. Si este entendimiento y fe están en el corazón, la unidad también permanecerá allí, y obviamente nadie se dejará llevar a las varias otras clases de enseñanza acerca de ídolos mudos. Sin embargo, si hay desacuerdos, sectas y divisiones, es una segura señal de que los que causan tal disensión no respetan la enseñanza segura, verdadera, o que no la entienden correctamente. Aunque sean capaces de entenderla, se dejan mover y ser empujados “por todo viento de doctrina”, como dice San Pablo (Efesios 4:14). Esto ciertamente sucede con los sofistas que, por amor de alguien que causa división en la iglesia, condenan la iglesia y su enseñanza.

De esta forma señalan que no tienen la verdadera enseñanza armoniosa y segura y no pueden señalar otra. Rehúsan ver que en otra parte, en donde esta enseñanza no existe, no hay nada sino ceguera y lo que es cortado y roto en tantos errores y sectas, en donde nadie está unido con otro, y cada uno quiere ser mejor que el otro. Antes, tales muchedumbres monacales habían sido hechos santos por el Papa y su dios, el diablo, de modo que nadie estaba unido con otro, sino que cada uno se apegaba a su propia forma y manera, y cada uno quería ser más santo que los demás. Sin embargo, el Papa los confirmó a todos y dio una gran indulgencia a tales cofradías sectarias. Guardaré silencio del otro desacuerdo en todas partes en el papado en cuanto a capítulos, parroquias y monasterios, en donde discutían, mordían y rasguñaban sin cesar unos a otros. No puede ser de otra manera cuando la santidad y el culto se basan en tales obras y caminos externos, inventados por uno mismo. Cada uno debe estar en lo recto, y sus pensamientos deben agradar a todos; así nunca pueden unirse en lo que es recto y lo mejor, etc.

17. “Ahora han sido redimidos de toda esta división e idolatría”, dice San Pablo, “y saben que tienen la palabra verdadera de Dios y la fe, adoran a un Dios y Señor, y tienen la misma gracia, Espíritu y salvación. Así no necesitan buscar otras formas y maneras, ni proponer que llevar un hábito blanco o gris y no comer ni tocar esto o aquello sea necesario para la salvación. Ninguna desigualdad en varias clases de obras, personas, oficios y estados externos impide la unidad en Cristo.

“Por tanto, deben ahora tener la intención de permanecer en esta unidad y apegarse a ella. Deben aprender por su propia pérdida a ser sabios en el futuro, y cuidarse para que no sean otra vez llevados al desvío de esta única mente y fe segura a la ceguera anterior. Ciertamente experimentarán esto si olvidan esta gracia y buscan su propio honor y gloria por encima de la enseñanza y los dones que tienen por el Espíritu Santo, menospreciarán a los demás, como si no tuvieran el mismo Dios, Cristo, el Espíritu,

etc., sino uno diferente. Sin embargo, no puede ser diferente, sino da lo mismo a todos; no puede dar a nadie un evangelio, bautismo, etc., mejor que a otro”.

En resumen, todo está en el único Cristo, o no hay Cristo, Dios o Espíritu Santo, ninguna gracia ni salvación, como sigue:

“Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios dice de Jesús: «¡Sea anatema!», como tampoco nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo.” (1 Corintios 12:3)

18. “¿Por qué deben hacer divisiones y desigualdad en la enseñanza y fe de la iglesia, que toma su posición completamente en el único Cristo? Todos deben ser uno (conque sean verdaderos cristianos)”. Cada uno también debe alabarlo con su don. Todo el que no lo considera el Señor ciertamente no puede tener al Espíritu Santo, mucho menos si lo condena. Si eliminas el fundamento, luego todo se elimina: ya no habrá ningún Dios o Espíritu, y todo lo que afirmas, enseñas o haces no será nada. Debes saber esto y ser juzgado de acuerdo a ello. Una de dos cosas debe suceder: o recibes y crees en Cristo, lo alabas y glorificas como el único Señor, o lo maldices. No hay terreno medio entre estas cosas.

Por tanto, es fácil hacer juicios acerca de todo el que tiene un oficio de hablar en la cristiandad, de modo que no tenemos que desarraigar las cosas o mirar con duda aquí y allá a esta o aquella persona o don que se debe considerar más alto. Más bien, debemos mirar y escuchar esta predicación como el punto más importante, qué y cómo habla y enseña acerca de Cristo. Si habla del Espíritu Santo, luego ciertamente no debe maldecir a Cristo sino glorificarlo y alabarlo. Si hace eso, por supuesto no enseñará a la gente a crear sectas o divisiones ni dará ocasión para hacerlo. Sin embargo, si no hace esto, luego puedes ciertamente concluir que no es genuino y no habla por el Espíritu de Dios.

19. De esta forma ataca la jactancia y arrogancia de los sectarios acerca de su oficio y dones, como si estuvieran llenos del Espíritu, y contra su pretensión de que quieren enseñar a la gente correctamente. Dicen que San Pablo y otros no son nada y que la gente tiene que escuchar a los otros apóstoles superiores y adherirse al bautismo de esos apóstoles. Asimismo, deben penetrar más altamente en el Espíritu, puesto que no es suficiente que la gente se ocupe solo con la fe, los sacramentos y el oficio externo de la predicación.

“Bien”, dice, “puedes jactarte del gran espíritu todo lo que quieras. Pero es seguro que todo el que habla del Espíritu no maldecirá a Jesús”, etc. Es decir, jactarse del Espíritu no es suficiente; más bien debemos mirar lo que sostienes y enseñas acerca de este Cristo. Esta enseñanza o tiene que reprochar y maldecir a Jesús o alabarlo y confesarlo como tu Señor. Ahora, si encuentras que tu enseñanza y predicación no señalan a Cristo, sino promueven otra cosa, y sin embargo arrogantemente te jactas del Espíritu, entonces ya tienes el veredicto de que tu espíritu no es el verdadero Espíritu Santo, sino un espíritu falso, mentiroso, al cual no debemos escuchar sino maldecirlo hasta las profundidades del infierno. Este es el veredicto de San Pablo: “Pero si aun nosotros, o

un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8).

20. Cuando habla aquí de “maldecir a Jesús”, no quiere decir solo cuando la gente abiertamente calumnia y maldice el nombre o la persona de Jesús, como lo hacían los judíos y paganos impíos. San Pablo no tiene nada que ver con esa gente, y los corintios ciertamente no eran así. Más bien, quiere decir que cuando entre los cristianos la gente se jacta del Espíritu Santo, y sin embargo no enseña correctamente a Cristo como la base de nuestra salvación, sino lo pasan por alto y apuntan fuera de él a otra cosa, que alega es del Espíritu Santo y mucho más necesaria y mejor que la enseñanza ordinaria del evangelio.

Todos estos fundamentalmente y de hecho no hacen otra cosa (aunque llevan el nombre de Cristo y se jactan de él) que condenar, reprochar y maldecir a Cristo. Si la gente menosprecia a su palabra y predicación, y en lugar de ellas establece otra cosa por la cual podemos obtener al Espíritu Santo y la vida eterna, o que al menos no es menos útil y necesario para ello, ¿qué es esto aparte de despreciar y anular a Cristo, hasta, como lo dice la Epístola a los Hebreos 6:6 y 10:29, “crucificarlo de nuevo” y “pisotear la sangre del Hijo de Dios”?

21. Cristo mismo explica el oficio y la predicación del Espíritu Santo que él debe enseñar y hablar en la iglesia. Dice: “Él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). Asimismo: “Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Juan 16:14). Tendrá una lengua y boca tan sencilla que no puede predicar otra cosa que solo a Cristo. Si testificará acerca de Cristo y lo glorificará, entonces no debe introducir otras cosas por las cuales oscurecería y quitaría su gloria. Todo el que hace esto ciertamente no habla por el Espíritu Santo, aunque tenga grandes dones y se llame un maestro, obispo, Papa, concilio, o aun un apóstol y ángel del cielo. Entre los corintios había algunos que dejaron de predicar solo a Cristo y más bien señalaban la persona de los apóstoles y dieron preferencia a ciertas personas, uno a Cefas, otro a Apolos, un tercero a Pablo, etc.

Nuestro monaquismo, que ciertamente ha alabado, honrado y destacado altamente el nombre Jesús con las palabras, lo han usado para disfrazar todas sus invenciones mentirosas sin valor y su idolatría. Por ejemplo, llaman a María su madre y Ana la abuela de Jesús, y las alaban por causa de él. Sin embargo, precisamente de esta forma han arrancado los corazones de Cristo, tomaron la gloria que solo le pertenece a él y la han dado a María y los santos, y han enseñado a la gente a invocarlos como mediadores e intercesores, que deben proteger y guardarnos del diablo en la hora de la muerte, etc. Eso quiere decir poner a un ídolo mudo en lugar de Cristo (porque ningún santo jamás dijo tal cosa, y mucho menos se manda en la palabra de Dios), y así insultar y maldecir a Cristo.

22. El Papa continúa esta maldición de Cristo en todo su gobierno, cuando se jacta de que es la iglesia cristiana, por tanto, ciertamente tienen al Espíritu Santo, y tenemos que hacer cualquier cosa que ellos decreten y ordenen. Nadie puede alejarlos de esta idea. No hace otra cosa sino jactarse del Espíritu, y sin embargo esto no es nada sino

maldecir, no solo la persona de Cristo sino también su palabra y sacramentos. Abiertamente condenan y reprochan como herejía la enseñanza del evangelio de que tenemos el perdón de los pecados solo en Cristo sin nuestro mérito, además que al uso de los sacramentos conforme al mandato y la institución de Cristo. Asesinan a personas por esta causa.

En resumen, el Papa no tiene nada que maldecir en nuestra enseñanza sino solo a Jesucristo, que es el fundamento y el punto más importante de nuestra enseñanza en su palabra y sacramentos. ¿Qué hacen otros sectarios, tales como los anabaptistas, etc., excepto difamar y calumniar al bautismo y el sacramento de Cristo? Hacen precisamente eso cuando afirman: “La palabra externa y los sacramentos no benefician el alma. Solo el Espíritu debe hacer esto”, etc. Contra esto y para fortalecer tu fe, una vez más debes tener el veredicto seguro de que las facciones del Papa y otros no son la iglesia de Cristo, como ellos se jactan, sino las facciones malditas del diablo. La iglesia verdadera, como la novia justa de Cristo, por supuesto no podrá maldecir a Cristo ni perseguir su palabra. Nadie será persuadido, aunque se jacte mucho de Cristo, como también lo hacían los falsos apóstoles, de que eran discípulos de los verdaderos apóstoles de Cristo, y algunos hasta habían visto a Cristo. Cristo mismo nos advirtió de ellos cuando dijo: “porque vendrán muchos en mi nombre, ... y harán grandes señales” (Mateo 24:5,24). Asimismo: “No todo el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos” (Mateo 7:21).

23. El segundo punto significa lo mismo, en donde San Pablo dice: “Nadie puede exclamar: «¡Jesús es el Señor!», sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3). Llamar a Jesús Señor es profesar que es siervo de él y buscar solo su gloria, como uno enviado por él o como uno que tiene su palabra y mandato. Habla aquí principalmente del oficio que predica acerca de Cristo y trae su mandato. Cuando este oficio señala a Cristo como Señor, ciertamente es la predicación del Espíritu Santo, aunque el que tiene este oficio no tenga al Espíritu Santo por su propia persona, porque el oficio existe aparte del medio del Espíritu Santo. No hay lugar aquí para la hipocresía y la traición, sino debes actuar honesta y sinceramente si quieres estar seguro de que eres un predicador o apóstol de Cristo y tienes su palabra. No harás esto excepto por medio del Espíritu Santo.

24. Asimismo, tampoco puede suceder sin el Espíritu Santo que cada cristiano en su obra o estado seriamente llama a Cristo su Señor, a saber, concluye que seguramente lo está sirviendo de esta manera. Que cualquiera pruebe por un día, desde la mañana hasta la tarde, para ver si verdaderamente pueda decir en todo momento que es el siervo de Dios y de Cristo en lo que hace. Pregunta a tu propio corazón, cuando predicas un sermón y lo escuchas, cuando bautizas a un niño o eres un padrino, cuando en la casa haces la obra de tu estado y vocación, si entonces puedes con confianza y sin duda jactarte (no por hipocresía ni costumbre), y si fuera necesario morir por ello, que estás sirviendo y agradando a Cristo de esta forma. (Todo esto significa llamar a Cristo Señor). Con certeza sentirás frecuentemente que tu corazón está en duda y está perplejo en cuanto a esto.

25. En el papado fuimos impedidos en este asunto, hasta asustados, por su maldita enseñanza de la duda, de modo que nadie podía decir ni atreverse a decir: “Sé que soy un siervo y esclavo de Cristo y que lo que hago le agrada”. En todo caso, puesto que carne y sangre son demasiado débiles para mantener esta jactancia, el Espíritu Santo es necesario. La razón y nuestro propio corazón claman contra ella: “¡Soy demasiado malo e indigno! ¿Cómo podría ser tan orgulloso y arrogante que me jactara de que soy siervo de este Señor Jesucristo? Aunque fuera tan santo como San Pedro, Pablo”, etc.

26. Frecuentemente me he maravillado de que San Ambrosio fue tan audaz que usualmente firmaba sus cartas “un siervo de Jesucristo”. Pensaba que todos debíamos estar tan asustados que nadie podría hacer esta jactancia (excepto solo los apóstoles). Ahora, todos debemos decir a Cristo: “Tú eres mi Señor, y yo soy tu siervo, porque te creo y junto con todos los fieles te amo en tu palabra y sacramentos”. De otro modo, no nos reconocerá como sus cristianos.

El Primer Mandamiento también dice: “Al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás” (Mateo 4:10). Allí exige de nosotros, so pena de perder la vida eterna, que lo glorifiquemos como nuestro Señor y dirijamos nuestras vidas de tal forma que sepamos que lo estamos sirviendo. Por eso San Pedro enseña que todo lo que se dice o hace en la cristiandad se debe decir y hacer no como palabras y obras nuestras, sino como lo que fluye de él. Esta se llama la palabra de Dios y tales obras y actividad que vinieron “conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado” (1 Pedro 4:11). Sin duda, esto debe suceder por medio del Espíritu Santo.

27. Por esto se dividen los cristianos verdaderos y falsos en este punto. Los hipócritas y sectarios se jactan mucho de su espíritu y oficio divino, etc. Sin embargo, no hay nada tras esto, como se demuestra por el hecho de que no permanecen con la predicación que glorifica a Cristo sino en lugar de esto guían y desvían a la gente a otras cosas, y hasta condenan y persiguen la enseñanza y fe correcta en Cristo. Además, no pueden tener ningún testimonio ni hacer a la gente segura de que ellos mismos o los que les siguen estén sirviendo a Cristo. En cuanto a tales personas, escuchen las palabras sencillas y el veredicto de que no tienen al Espíritu Santo, y así están separados de la iglesia verdadera y de los cristianos. Por esto nos amonesta a cuidarnos contra ellos; quiere unir a todos los cristianos en una fe bajo un Señor y Espíritu. Ahora enseña cómo debemos usar estos varios dones en la unidad en el servicio ordinario a la iglesia.

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.” (1 Corintios 12:4)

28. “Antes, cuando eran paganos, ciertamente tenían varias idolatrías, oficios y espíritus, sin embargo no fue nada sino algo dividido, además de no ser nada sino error y ceguera. Ahora, por otro lado, tienen varios dones y oficios divinos hermosos, que son todos interconectados. Todos estos vienen no de las opiniones y habilidades humanas, sino del único verdadero Dios, de quien son este poder y obras. Por tanto, aunque estos dones, oficios y poderes son desiguales—en algunos de una forma, en otros de otra, muchos o pocos, grandes o pequeños, débiles o fuertes—sin embargo no debemos por eso dividir el Espíritu, Dios ni la fe, ni crear facciones exaltando a este o aquel debido a

sus dones y menospreciando a los demás. Todos ellos juntos son de un Dios, Señor y Espíritu y todos fueron dados para lo mismo, a saber, para llevar a la gente al conocimiento del único Dios y para edificar la iglesia en la unidad de la fe. Por tanto, todos juntos deben servir a Dios y la iglesia en armonía”. Este es un resumen breve de todo lo que sigue en el texto.

29. San Pablo hace tres puntos distintos: varios dones, pero un Espíritu; varios oficios, y un Señor; varios poderes, y un Dios. Sin duda, se refiere al artículo de la Trinidad, o las tres personas de la esencia divina, y muestra que tanto Cristo y el Espíritu Santo son verdadero Dios, y sin embargo en sus personas son distintas del Padre y uno del otro. También dice. “Ciertamente hay muchos dioses y muchos señores, pero nosotros tenemos un Dios, de quien son todas las cosas, y un Señor Jesucristo, por medio de quien son todas las cosas”, etc. (1 Corintios 8:5-6).

30. Así, aquí distingue los tres—un Dios, Señor y Espíritu—y da a cada uno su propia obra por la cual se revela. Una persona es Dios (el Padre), de quien todos los poderes se derivan como la fuente y la primera persona. La segunda es el Señor, a saber, Cristo, el Hijo de Dios, de quien, como Cabeza de la iglesia, fluyen todos los oficios. La tercera es el Espíritu, que produce y distribuye todos los dones en la iglesia. Sin embargo, estos tres son todos una esencia divina, todopoderosa y eterna. Así, estos tres son todos llamados y realmente son uno, puesto que Dios tiene que ser una esencia inseparable.

Lo que pertenece solo a la única divina Majestad se dice específicamente de cada uno de ellos. Así como el de quien son todos los poderes, no solo en la iglesia sino también en todas las criaturas, es verdadero Dios, así también el Señor, de quien son todos los oficios, y también el Espíritu, que da todos los dones, tiene que ser verdadero Dios. Dar oficios y dones espirituales no pertenece a ninguna criatura, sino solo Dios puede hacerlo. Sin embargo, estos tres—Dios, Señor y Espíritu—no son varios dioses sino una misma esencia divina. El Señor no es otro Dios que Dios Padre, el Espíritu tampoco es diferente de Dios y el Señor. Pero más se ha dicho de esto en otra parte.

31. En cuanto a lo que son los dones y cómo se llaman, aquí enumera: hablar de sabiduría, hablar de conocimiento, profecía, distinguir espíritus, lenguas e interpretación, dones especiales de fe, asimismo, hacer milagros, etc. “Hablar de sabiduría” significa enseñar a la gente a conocer a Dios y mostrar lo que es su voluntad, consejo e intención; incluye todos los artículos que debemos creer acerca de cómo somos justificados ante Dios, etc. El mundo no sabe absolutamente nada de esto, que es el don principal y más alto del Espíritu.

“Hablar de conocimiento” significa la enseñanza acerca del camino externo de la vida del cristiano: cómo debemos actuar hacia todos, para que usemos correctamente la enseñanza, como sea necesario y de beneficio para cada tiempo y persona, y que actuemos sabiamente tanto hacia los débiles y los fuertes, los temerosos y los obstinados.

“La profecía” es la habilidad de explicar e interpretar correctamente la Escritura, y de ella poderosamente probar la enseñanza de la fe y derrocar la enseñanza falsa.

Asimismo, amonestar y amenazar o fortalecer y consolar a la gente, señalando la ira futura, el castigo y la venganza a los que son incrédulos y desobedientes y, por otro lado, la ayuda divina y galardón para el que es creyente y piadoso. Los profetas proclamaron tanto la ley y las promesas de la palabra de Dios.

32. San Pablo aquí habla de los dones que no se dan a todos en común, sino a algunos, y a cada uno en forma diferente que a otro. Dice: “a otro fe, a otro el hacer milagros, a otro profecía”, etc. Por tanto, “fe” aquí no es la fe común en Cristo por la cual somos justificados ante Dios y obtenemos el perdón de los pecados, porque esta fe tiene que estar en todos los cristianos, aunque no tengan los dones especiales que enumera aquí. Más bien, está hablando de una habilidad o poder especial del Espíritu que él obra en la iglesia, de modo que algunos pueden hacer grandes cosas por una valentía grande e inquebrantable. Después, San Pablo también dice de esto: “si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes”, etc. (1 Corintios 13:2).

Hacer esto obviamente requiere una fe muy fuerte y firme, que sin tambalear ni dudar atrevidamente hace algo especial con gran valentía en el nombre y el poder de Cristo, aunque tal persona no tenga verdadero arrepentimiento o verdadera fe en el perdón de los pecados y la gracia en Cristo sino es un hipócrita y un santo falso. Cristo dice: Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mateo 7:22). Es cierto que tales dones y obras ciertamente se hacen en el nombre de Cristo, y no se dan a nadie sino a la iglesia de Cristo, y sin embargo las personas que tienen estos dones no son todos justos sino ciertamente pueden ser cristianos falsos. Cuando ellos en el oficio y por causa de la iglesia hacen muchas y grandes cosas que benefician no a ellos sino a otros, eso no viene de las personas, sino del oficio o la operación del Espíritu, que se da a la iglesia.

33. Acerca de todo esto ahora dice: “hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo”, para amonestarnos a no crear sectas. El mismo Espíritu obra tan bien por uno que tiene menos dones y dones menos importantes como por uno que tiene los dones más grandes y numerosos. Lo que es cierto de los dones también es cierto de los poderes y oficios.

34. Los “poderes” son las obras que Dios especialmente lleva a cabo por medio de algunos que hacen y producen algo grande, que no sucede por medio de otros. Por ejemplo, concedió a San Pablo que fue más lejos con su oficio de la predicación, convirtió a mucha más gente, hacía más milagros y produjo más fruto que los demás apóstoles, etc. Como dice de sí mismo que por la gracia de Dios “he trabajado más que todos ellos” (1 Corintios 15:10).

35. Es fácil entender lo que son los “oficios”. Un oficio significa algo ordenado, que debe existir en cualquier cosa gobernada. Tiene varias obras designadas y mandadas en beneficio del que tiene el dominio, o toda la congregación. Así en la iglesia hay varios

oficios, de modo que uno es un apóstol, otro un evangelista, otro un maestro, etc., como San Pablo los enumera (Efesios 4:11). Asimismo, dice que uno tiene el oficio de leer la Escritura en varios idiomas, otro de explicar e interpretar, como fue ordenado en la iglesia en ese tiempo (1 Corintios 14:1-15). Así ahora hay oficios ordenados y distintos de pastores, predicadores, ministros o sacerdotes que oyen confesiones, administran los sacramentos, etc.

36. No todos los que son cristianos pueden ni deben comúnmente conducir y practicar tales oficios, sino lo deben hacer aquellos a quienes se les ha mandado. Por eso los oficios se distinguen de las otras dos partes, que se llaman “poderes” y “dones”. En la cristiandad siempre ha habido muchos que tienen al Espíritu Santo pero no estaban en tal oficio, tales como vírgenes y esposas, Agnes, Anastasia, etc., y muchos mártires, muchos de los cuales también hacían milagros y tenían otros dones. Es cierto que tanto los dones y los poderes se dieron en la cristiandad principalmente debido a los oficios. Para que podamos conducir y llevarlos a cabo (especialmente el oficio de la predicación, que es el más alto y el principal), es necesario que haya personas que sean más capaces que otros en entender y explicar la Escritura, más diestras en los idiomas, capaces de hablar, etc. Así los poderes y obras que Dios obra también deben estar presentes, para que puedan producir algo y llevarlo a cabo. Así los tres puntos se unen en el gobierno único divino de la iglesia, en donde Cristo es el Señor, que tiene, arregla y preserva los oficios; y además Dios da sus poderes, y el Espíritu Santo da sus dones.

37. Sin embargo, porque tales oficios son variados y desiguales, así como lo son los dones, uno es mayor y otro menor; por ejemplo, un apóstol es más que un maestro o expositor, y bautizar es menor que enseñar. Así debemos conocer y considerar, dice San Pablo, que todos pertenecen al mismo Señor, y el que tiene un oficio mayor o más alto no por eso debe imaginar que sea mejor ni despreciar a los demás. Más bien, debe saber que todos ellos, el menor tanto como el mayor, sirven a un Señor; el que está en un oficio menor no es menos con su Señor, y, por otro lado, el que tiene un oficio mayor no por eso cuenta por más ante él. Es y siempre sigue siendo el único Señor de todos al mismo tiempo, su orden y mandato es para el uno tanto como para el otro. Por eso no quiere que haya ninguna división ni secta; más bien, quiere que la gente sea llevada a la unidad por estos variados dones, oficios, etc.

38. Cuando predico y tú escuchas, ciertamente no es el mismo don u oficio, pero estás sirviendo a Cristo tanto con tu escuchar como yo con predicar. Es el mismo Cristo que predica por medio de ti u otro, bautiza, explica la Escritura, consuela, etc. Todo esto viene por el orden y el mandato de aquel que me ha mandado escuchar su palabra tanto como te ha mandado predicar, y esto en la misma fe y el mismo Espíritu; aquí todos al mismo tiempo alaban a nuestro Señor. Tú dices: “La palabra que escucho es la palabra verdadera de Dios”. Yo como predicador digo y demuestro exactamente la misma cosa. Así cuando bautizo, administro el sacramento y absuelvo, y tú lo recibes o aceptas, ambos estamos en el servicio de un Señor y cumplimos su mandato. Esto sucede unánime y armoniosamente, aunque tú y yo somos diferentes en cuanto a oficio y dones.

39. Sin embargo, es la destreza propia de los cristianos, y la cosa principal que los distingue de los paganos, que saben y reconocen que tales dones, oficios y poderes vienen de Dios y el Señor Cristo y el Espíritu Santo. El mundo no reconoce esto ni lo ve, aunque también tiene dones de Dios y usa todas sus criaturas en una forma que no se diferencia de la de un cerdo que corre a su comedero, se cae en él con sus cuatro patas, y no piensa en más que cómo puede devorar y hozar; ni una vez puede levantar sus ojos o pensamiento a de dónde viene esto y a quién se le debe agradecer. La persona que no es cristiana ante Dios es muy bestial y similar a un cerdo, y el mundo no es nada sino una gran pocilga, que no le importa el reino de Dios ni piensa en agradecerlo por sus abundantes beneficios y dones de cuerpo y alma. Más bien, sólo les importan su comedero y agua sucia, en que se acuestan como un cerdo engordado para el matadero. Jeremías dice de los impíos que se deleitan en perseguir a los justos: “¡Arrebátalos como a ovejas para el degolladero, y señalalos para el día de la matanza!” (Jeremías 12:3).

40. Así da a muchas personas grandes reinos, riquezas, terrenos, casa, sótano y azoteas llenas, y las hace grandes y gordas. Sin embargo, cuando el cerdo ha sido bien engordado, luego se tiene que decidir acerca del tocino y la salchicha. Tal vez viene un cortador de tocino y un salchichero, y mata el cerdo en su pocilga. La tierra y la gente y todo se destruyen y se derrocan, porque querían ser cerdos y nada más, y así tenían que ser matados como cerdos. Aun cuando el mundo oye y ve tal castigo, todavía sigue mientras pueda, hasta que venga el carnicero. El cerdo sigue siendo un cerdo, y tiene el don de que, aunque ve a otro cerdo matado ante sus ojos, se queda parado con seguridad en su comedero y no le importa nada.

41. Sin embargo, aunque los cristianos tienen que vivir entre tales cerdos, ser pisoteados por un tiempo por ellos, y ser empujados por sus hocicos, todavía tienen otra gloria admirable, que pueden levantar los ojos y mirar tanto a su Señor y los dones son que les ha dado. Por tanto, no pertenecen a la pocilga, que solo es para la matanza, sino saben que son hijos de Dios, adornados por él con gracias y dones, que no son solo temporales. Más bien, así como les ha dado cuerpo y vida, que ellos no tienen por sí mismos, así también entregará a ellos lo que necesitan, y también proveerá para ellos eternamente.

42. Pueden realmente considerar los dones de Dios, aun los que la gente aprecia menos, como preciosos y valiosos, no solo debido al que los da sino también por los dones mismos. Nadie que reconoce aun los dones físicos de Dios pagaría por todos los bienes del mundo un ojo ni un miembro menos importante de su cuerpo. Pero ¡cuanto más altos y preciosos son los dones espirituales, de los cuales San Pablo habla aquí, que se dan a nosotros para la vida eterna! No parece ser gran cosa cuando un niño es bautizado o una persona angustiada es absuelta del pecado. Sin embargo, si pudiéramos verdaderamente considerar y explicar tanto el oficio y el tesoro que allí se dan, luego el oficio y el poder de todos los reyes y emperadores, junto con todos los bienes que tiene el mundo, no son nada en comparación con ellos.

43. Si miras la persona del que bautiza (que puede inclusive ser una mujer pobre), y la de la bautizada, ciertamente son poca cosa. La persona humana no produce ni hace nada glorioso aquí, sino solo el que es llamado Dios, Señor y Espíritu. Por causa de él, el oficio y su poder es tan grande sobre todos los emperadores, reyes y señores, sin importar cuán pequeña sea la persona. De esta forma se ganan almas del diablo, se arrancan del infierno, y se hacen santos eternamente benditos. La persona y el oficio se puedan llamar pequeños, pero aun así es el oficio de Dios, y él no es un hombre pequeño, sino es más que cien mil mundos, y logra cosas que el mundo no puede comprender y todos los ángeles no pueden dar.

Aun si todas las criaturas unieran sus esfuerzos, no podrían hacer un bautismo. Aunque el mundo entero junto bautizara a un niño, no ayudaría a menos que este Señor y Dios lo hubiera mandado. Que el turco sea muchos miles de veces más fuerte y poderoso de lo que ahora es y todavía no podría, con todos sus bienes, tierra y pueblo, librarse a él ni a otros del menor pecado ni hablar la absolución: “Dios ha perdonado tus pecados”. No tiene el don, el oficio ni la obra, de hecho, no sabe nada de ellos, que pertenecen solo a Dios y sin embargo son realizados por bocas y manos humanas.

44. Mira por qué San Pablo alaba y se jacta de que Dios obra y da tan grandes cosas en la cristiandad, a saber, para que reconozcan esto, le den las gracias, y con humildad sirvan unos a otros en la misma fe y amor. Cada uno debe aprender a dar gran alabanza siempre que vea estos oficios, dones y obras obrando en la iglesia y considerarlos tan altamente como considera Dios mismo. Si él mismo no los habría ordenado y dado, por supuesto nadie tendría ninguno de ellos.

45. ¡Cómo exaltamos y alabamos nuestras propias invenciones sin valor: peregrinajes, correr a los muertos, al desierto, a los monasterios, con azotes, hábitos, etc.! ¿En qué nos ayudó, y cuáles beneficios tenemos, aunque corriéramos tan lejos que nuestras pisadas fueran sangrientas, y vigiláramos, ayunáramos y nos atormentáramos hasta la muerte? Aunque se puede llamar un estado santo y una vida divina, todo esto todavía no se puede llamar el don, obra u oficio de Dios. Por tanto, no hay Dios, Señor ni Espíritu en él, puesto que él no lo ha mandado ni confirmado en ninguna parte, sino lo hemos inventado nosotros mismos. Por tanto, debemos premiar y ayudar a nosotros mismos por ello, porque no podemos jactarnos de ni buscar consuelo de ello.

Aquí, sin embargo, puedes jactarte confiadamente y decir: “Ni yo ni otro hombre ha inventado ni ordenado que sea bautizado, absuelto, etc., sino solo mi Señor Cristo”. Su mandato por el cual ordenó tal oficio es claro: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). En base a este oficio, obra y don, puedo estar orgulloso y desafiante contra el diablo y las puertas de su infierno, contra los cuales de otro modo no podría mantenerme ni por un momento. Él no teme a mí ni a mis obras, aunque pudiera jactarme de que había vivido por setenta años en una orden santa y servía a Dios, oraba, ayunaba, etc., cada día y cada hora.

46. Aquí arrastra tanto la persona y su obra, como las encuentra, al abismo del infierno. Si pregunta en dónde Dios ha mandado o instituido esto, no puedes contestar nada más a ello. Sin embargo, si te oye jactarte de la palabra de Dios y su mandato por una fe firme en ellos: “He recibido el bautismo, la absolución, etc., de Cristo mi Señor y estoy seguro de ello”; asimismo: “Lo que hago, lo hago por su mandato y su poder”, luego pronto tendrá que dejarte y huirse, no de tu persona o actividad, sino del oficio y los dones de Cristo, que encuentra en ti.

47. San Pablo nos recuerda de esto para que aprendamos a reconocer lo que los cristianos tenemos de Dios en estos tres puntos sobre toda la gente en la tierra, y para que seamos agradecidos por estas cosas y las usemos en amor cristiano en tal forma que todo el que tiene dones sirva a otros con ellos. Cada uno debe dar a Dios la gloria por los dones que ve que ha dado a otro, y considerarlos como preciosos y valiosos, puesto que no son nuestra actividad, obra ni habilidad, sino los oficios, poderes y dones de Dios. Eso no es común ni sencillo, como parece ser ante el mundo porque no tiene gran pompa ni jactancia. No nos da centavos ni nueces y cáscaras vacías. Más bien, lo que hace y da a su iglesia debe efectuar cosas indecibles, por las cuales las almas se sacan de las fauces del diablo y se ponen en la vida y la gloria eterna.